

EL CABALLO.

El Caballo descrito por Job.—Los Apóstoles.—Los soldados de Jesucristo.—El picadero.—El freno.—El Caballo engaña frecuentemente á aquel que pone en él su salvacion.—Faraón.—Confianza en Dios.—Obrar por sí mismo cuando Dios obra.—La caballería de Salomón, imágen de la Iglesia.—Una palabra de la "Imitacion."

DE una manera incomparable nos describe Job el ardor bélico del Caballo.

"¿Eres tú acaso—dice el Señor dirigiéndose á este Patriarca—eres tú el que das al Caballo su fuerza? ¿Eres tú el que ciñe su garganta con los relinchos que lanza á lo léjos?"

"¿Eres tú quien le hará saltar como Langosta? La fiera del resoplido de sus narices causa terror."

"Hierre la tierra con sus cascos; se arroja con audacia y corre al encuentro de los hombres armados."

"Desprecia el miedo y no cede delante de la espada."

"Por encima de él resuena el carcax; la lanza y el escudo fulminan relámpagos."

"Férvido y trémulo de coraje despedaza el suelo y no le espanta el sonido de la trompeta."

"Luego que oye el ataque, prorrumpe:—¡Ah! Percibe de léjos la batalla, las voces animadas de los jefes y la algazara del ejército." ¹

II

San Gregorio ² ve en este noble animal, lanzándose á los campos de batalla, una imágen de los Apóstoles, conductores de la divina palabra, deramándose por el mundo para guerrear las guerras del Señor.

"Dios da al Caballo la fuerza y el relincho." Solo Dios confiere al Após-

¹ Job. XXXIX, 19-25.

² S. Greg. Mor. XXXI, 24.

tol aquella fuerza sobrehumana que triunfa de las pasiones, que resiste á las adversidades y asegura la santidad de la vida: solo Él le comunica el relincho sonoro de la palabra que lleva la verdad hasta los confines de la tierra. Mirad el Caballo que relincha; levanta altivo la cabeza. De la misma manera, nadie hace resonar el trueno de la palabra sin exaltarse por sí mismo y atraer las almas hácia el cielo.

"El Caballo salta como la Langosta;" apoyándose en las piernas, extiende las alas y vuela, mas para volver á caer luego. Así el Apóstol: dividido incesantemente entre la accion y la oracion, pasa alternando de las obras santas que ejecuta en el vuelo sublime de la contemplacion y desciende pronto de nuevo para desempeñar en medio del mundo su ministerio sagrado.

"El resoplido de las narices del caballo constituye su orgullo y causa terror." Conoce de antemano en el campo de batalla el peligro que no ve; mas le afronta sin miedo; diríase que ha comprendido á la vez el espanto que va á derramar y el triunfo que le aguarda.

El Apóstol es el Herald de los juicios eternos. Los conoce anticipadamente y los manifiesta á los hombres. Su palabra aterroriza á los malvados; mas cierto de la corona que le está prometida, presiente el triunfo como el corcel y aspira noblemente á la recompensa de sus fatigas. Escuchemos al Apóstol San Pablo: "Yo—dice—he peleado en buena batalla; he concluido mi carrera; he guardado la fé. No me queda más que esperar la corona de justicia que en este dia me será dada por mi justo Juez, que es el Señor." ¹

"El Caballo escarba la tierra con sus cascos." Cosa muy semejante hace el Apóstol, cuando con el vigor de su palabra penetra hasta el fondo de los corazones haciendo que arrojen léjos de sí los cuidados del mundo y los devaneos del siglo.

"El Caballo se lanza con denuedo; se adelanta hasta llegar á los hombres armados; menosprecia el temor y no cede ni al filo de la espada."

Observad á los Apóstoles, mirad á esos intrépidos corceles de la divina palabra, lanzándose á paso de gigante para saltar la valla. En vano las potestades del siglo se reunen y se arman contra ellos; inflamadas de cólera, exclaman como en el libro de los Hechos: "Grande es la Diana de Efeso." ² Invaden el teatro donde esperan apoderarse de Pablo; mas éste, despreciando todo temor, irá, si es necesario, delante de sus enemigos.

"Estoy dispuesto—dice—no solo á ser encadenado, sino á morir por Jesucristo; pues no estimo mi vida mucho más preciosa que yo mismo." ³ Y á fin de manifestar que no cedería al filo de la espada, añade: "Quién podrá separarnos de la caridad de Cristo? Ni la tribulacion, ni la angustia, ni la hambre, ni la persecucion, ni la espada." ⁴ "Por encima del Caballo resuena el carcax; la lanza y el escudo vibrarán sus rayos."

¹ Timot. IV, 7-8.

² Act. XIX, 28.

³ Act. XX, 24.

⁴ Rom. VIII, 25.

El carcax encierra esas flechas de las que está escrito en otro lugar: "Los pecadores prepararon las flechas de su carcax para arrojarlas en la obscuridad sobre los que tienen recto el corazón." Ellos son la imagen de las maquinaciones secretas que los impíos tramán contra los ministros de Dios.

La lanza es el arma del suplicio: el impío la empuña para perseguir públicamente á los que se han escapado de los ardidés del carcax.

El escudo embota los tiros del que ataca, y el impío se sirve del escudo contra los enviados del Señor, cuando con vanas disputas pretende refutar sus celestiales doctrinas.

En balde vibrareis contra el Apóstol el carcax, la lanza y el escudo; él hará inútiles vuestras armas; si fuere necesario se ofrecerá á la muerte, y el escudo del impío no basta para que sus divinas enseñanzas penetren el corazón de los fieles.

"El Caballo, trémulo de coraje, despedaza la tierra." Esa tierra de la cual se ha dicho al hombre: "*Eres polvo, y en polvo te convertirás.*"¹

El Apóstol, trémulo de dolor, contempla el abatimiento á que el pecado redujo á los hombres; y se diría que despedaza la tierra, cuando haciendo-se todo para todos y deseando que ninguno se pierda, consiente en ser anatemá por ellos.

"El Caballo no se espanta con el sonido de la trompeta; luego que oye el toque de ataque prorumpe: ¡ah! olfatea de lejos la batalla, las voces animadas de los jefes y la alharaca del ejército."

El sonido de la trompeta no es otro que la voz retumbante y amenazadora de los potentados del siglo, cuando prohíben á los enviados de Dios la predicación de la divina palabra. Estos no hacen caso del estruendo y de las amenazas...

Los príncipes de los sacerdotes intiman á los Apóstoles para que no hablen en Nombre de Jesucristo. ¡Hé aquí el sonido de la trompeta! Pedro se levanta y dice: "Vale más obedecer á Dios que á los hombres; nosotros no podemos dejar de hablar aquello que hemos visto y lo que hemos oído." El intrépido corcel no se espanta con el sonido de la trompeta.—"¡Mas se dá el toque de ataque!" Entonces el Apóstol comprende que ha llegado para él la hora del combate, su primer grito es el grito del entusiasmo y del gozo: ¡Ah! Y uniendo no obstante la prudencia al valor, tiene cuidado de informarse de la guerra que se le hace, de las doctrinas que se le oponen, de los gritos destemplados que para aplaudir á sus jefes arroja la multitud ignorante é impía.

Él imita á Pedro, cabeza de los Apóstoles, á quien estrechan las voces animadoras de los jefes cuando exclaman en su II Epístola: "Habrá entre vosotros falsos doctores que introducirán perniciosas herejías." Y

¹ Ps. X, 3.

² Gen. III, 19.

³ Act. IV, 20.

⁴ 2^a Epi. Petr. II, 1.

"abriendo el oído á la algazara del ejército, añade: "Muchos seguirán sus impurezas y desórdenes, exponiendo así el camino de la verdad á las blasfemias de los infieles." ¹

III

El corcel fogoso en el combate, no solo simboliza al Apóstol, sino al simple fiel, valeroso soldado de Jesucristo.

Lo mismo que el corcel descrito por Job, así es el cristiano fuerte y valeroso, porque está animado del espíritu de la fé. Como aquel, arroja sus relinchos cuando manifiesta en lo exterior el resultado de esa misma fé, que son sus buenas obras.

Aquel aliento de fiera que desde lejos aspira el Caballo por las narices causando terror, es la esperanza de los corazones fieles que aparta los malos deseos.

El cristiano cava y despedaza la tierra por medio de la mortificación de los sentidos.

Va por delante de los hombres armados, porque prevé los ataques del demonio; desprecia el miedo; ni la espada, ni el carcax, ni la lanza, ni el escudo le espantan. "Porque aunque los ejércitos—exclama—se coloquen contra mí en batalla, nada temeré estando Dios conmigo." ²

Y cuando el enemigo da la señal del combate, ya él está dispuesto, diciendo: "Vamos, vamos en nombre del Señor." Presiente la guerra, porque prevé el peligro; escucha las voces animadoras de los caudillos, porque trae á la memoria los divinos preceptos; y permanece tranquilo en medio de la algazara del ejército, porque confía en el Señor que no le rehusará la victoria.

IV

Entre los animales domésticos, el Caballo es el más noble y uno de los más útiles al hombre. Se le monta ó se pone al tiro, y tan rápido como vigoroso, presta á su amo toda clase de servicios. Mas para conseguir éstos, es necesario educarlo con cuidado desde su más tierna edad; poco á poco se le va acostumbrando á llevar la silla, á recibir el freno ó la brida y á que sienta la espuela. Educado así desde el principio, llega á ser dócil; se le quitan sus mañas y se domestica.

Ved aquí la imagen de que se vale la Santa Escritura para recordar á los padres de familia, cuánto les importa vigilar desde la infancia la educación de sus hijos. "El Caballo indómito—nos dice también³—nunca se docilita; lo mismo sucede con el hijo entregado á su voluntad... Dó-

¹ Pet. II, 2.

² Ps. III, 7.

³ Eccli. XXX, 8 et seq.

“blale la cerviz en la juventud, y castígale con el azote mientras es niño, “no sea que se endurezca y no quiera obedecerte más.”

Cuando el Caballo no está domado, no podemos defendernos de él; es necesario entonces usar de medios violentos para reducirlo á la obediencia. Tal es la conducta que Dios observa con los hombres, que, haciéndose sordos á las enseñanzas de la razon y de la fé, se entregan á sus detestables pasiones. Por eso decia David: “con freno y brida, quebranta, Señor, la “boca de los que se alejan de Ti”¹

“Y en efecto—dice San Agustin—con la boca se jactan los impíos orgullosos de sus méritos, y la cierran para no hacer la confesion de sus faltas. Conviene, pues, que sean tratados como animales irracionales.”²

Algunas veces, Señor, son duros vuestros castigos, pero siempre justos; y no vuestra cólera, sino vuestra misericordia y bondad me los imponen. Semejante al potro que brinca en la pradera, me impacientaba el yugo y no queria soportar la carga. Mas ha llegado el momento en que los pesares y las desgracias me han hecho sentir el freno y el bocado, y al fin he comprendido que Vos sois mi Señor, y cuánto me regocijo de ello, ¡oh Dios mio! mirando que la mano con que me castigais es la de un Padre amorosísimo cuya carga es suave y su yugo ligero.

V

Hemos dicho que el freno doma el Caballo y sirve al mismo tiempo para dirigirle á donde el jinete quiere llevarle.

De esta comparacion se vale el Apóstol Santiago para enseñarnos á regular nuestras conversaciones. “Quien no ofende á Dios con la lengua puede considerarse como un varon perfecto.”³ Y la razon en que se funda el Santo Apóstol es esta: “el hombre que sabe enfrenar su lengua, que es “tan difícil de gobernar, con mayor razon debe gobernar su cuerpo.”

Por otra parte, ¿no es por la palabra por donde más fácilmente nos inclinamos á pecar? Huimos con horror de ciertas acciones criminales que nos ocasionarian la muerte del alma; mas ¡cuántas veces nos detenemos en aquellos frívolos razonamientos en que tanto se complica nuestra vanidad! ¡Cuántas murmuraciones ruines que la caridad condena! ¡Y cómo contar tantas palabras ociosas que en el día del juicio se nos echarán en cara? Poned un freno en mi boca, ¡oh Dios mio! para que no vuelva á usar más del lenguaje del mundo, y no le quiteis tan saludable freno hasta que se abra para predicar vuestro Santo Nombre y celebrar vuestras bondades.

VI

En multitud de veces el Caballo favorece á su amo: lleva al guerrero hasta el centro de las filas enemigas; toma parte en sus hazañas y frecuen-

¹ Ps. XXXI, 9.
² S. Aug. in Ps. XXXI, 2.
³ Jacob. III, 2.

temente por la agilidad de su carrera le salva de la muerte. El hombre confía en su corcel; mas esta débil confianza ¿no nos figura desde luego la que ponemos todos los días en aquellos medios puramente naturales; en las influencias de los hombres; en nuestros esfuerzos y en nuestras propias obras; confianza que aparta de nuestro pensamiento el auxilio del poder y de la accion de Dios? Por eso la Escritura Santa nos advierte en este sentido y con mucha sabiduría, “que el Caballo engaña al que espera de él su “salvacion: *fallax equus ad salutem.*”¹

“Ese Caballo de que tan ufano estás—dice San Agustin²—es la pompa del siglo que rodea tu vida; es tambien ese honor, ese rango y esa dignidad que te inspiran un orgullo vano. Mientras más alta es la montura, más te ensalzará y te hará confiado. . . . ¡Pero teme . . . ! porque la caída tambien puede ser más profunda.—Faraon lleno de confianza en sus caballos y en sus ginetes persiguió al pueblo de Israel. . . . Mas las olas del Mar Rojo tragaron á sus ejércitos, y el cántico de Moisés resonó en la opuesta orilla: “Cantemos al Señor que acaba de mostrarnos tan gloriosamente su poder, precipitando en el fondo del mar el Caballo y el caballero.”³

A esa confianza impía de Faraon se referia David cuando dijo en uno de sus Salmos: “Se durmieron los que estaban á caballo: *dormierunt qui “ascenderunt equos.”*”⁴

En verdad que cuando nos vemos elevados sobre aquello que halaga nuestro orgullo ó aumenta nuestro bienestar, fácilmente se llegan á entorpecer nuestros sentidos, de manera que si la cólera del Señor nos despierta, es para arrojarnos en los eternos abismos.

VII

¡Dónde, pues, estará mi fuerza, dónde mi esperanza, y dónde, en fin, mi auxilio sino en Vos, y solo en Vos, ¡oh Dios mio!

Con mucha anticipacion manifestaba este pensamiento el Rey Profeta: “Confíen nuestros enemigos en sus carros y sus caballos, que nosotros invocaremos el Nombre del Señor nuestro Dios.”⁵

Los carros llevan tras sí honores, riquezas y placeres, pero pasan veloces como el relámpago; los caballos se lanzan con altivez, pero tropiezan y caen, y solo vuestro Santo Nombre permanece eternamente. ¡Oh Dios mio! vuestro Nombre es el único apoyo de los débiles y el refugio de los pecadores; significa bondad, poder, sabiduría, gracia y misericordia; en Él espero; por Él me levanto y me establezco. No me sentaré en el carro ni procuraré engrandecerme, ayudándome del Caballo orgulloso; invocaré humildemente vuestro Santo Nombre, ¡oh Dios mio! y con él afianzaré mi salvacion.

¹ Ps. XXXI, 17.
² S. Aug. in Ps. XXX, II, 2.
³ Exod. XV, 1.
⁴ Ps. LXXV, 7.
⁵ Ps. XIX, 8.

VIII

Además, si Dios quiere venir en nuestra ayuda, no por esto desea que una culpable negligencia nos reduzca a la inacción. Léjos de esto, vuestro deber es obrar con actividad, estar dispuestos al combate y aprovechar cuantos recursos nos ministre la Providencia, ya para bien de nuestra alma, ya también para el mejor éxito de nuestros negocios temporales. Tal es el sentido de aquella figura tomada del libro de los Proverbios: "Se previene el Caballo para el día de la batalla; mas el Señor es quien da la victoria. *Equus paratur ad diem belli; Dominus autem salutem tribuit.*"¹

El Caballo no nos salvará, esta es la verdad; pero puesto que recurrimos a él, preparémosle para el día de la batalla.

Este noble animal a toda hora nos presenta la imagen de esas almas valerosas que luchan constantemente contra el mundo y el demonio. Obremos como él y dispongámonos a luchar. "Porque la victoria no es del que quiere ni del que corre, sino de aquel a quien Dios ve con misericordia," como asegura San Pablo.² ¿Esto quiere decir que no debemos ni querer ni correr? No: de ninguna manera; preparemos el Caballo para la guerra, alistémonos luego, y el Señor, por su gracia, nos dará el triunfo.

¿Debemos volar hacia el enemigo? Pues vedme, Señor, dispuesto, y como el fogoso Caballo me lanzaré al combate. Si necesario fuere huir del peligro donde mi alma puede perecer, entonces mis pies serán tan veloces como los del Caballo: Mas sea que me dirija aquí ó allá; que avance ó retroceda; que combata ó me retire del campo de la guerra, jamás olvidaré, ¡oh Dios mio! que mi salvación depende de Vos. "Preparemos el Caballo para el día de la batalla; mas solo Dios asegura la victoria."

IX

Si como acabamos de ver, los Apóstoles y los fieles se comparan a los caballos, no nos sorprenda que el Esposo de los Cantares compare la Esposa a la soberbia caballería que tiraba los carros de Faraon. "*Equitavi meo in curribus Pharaonis assimilavi te, amica mea.*"³

Sabemos que la Esposa de Jesucristo es la Iglesia, y de la misma manera que en otro lugar se nos figura como un ejército bien ordenado en batalla,⁴ así también se nos presenta bajo el símbolo de un tiro liviano. Este tiro arrastra los carros de Faraon, porque la Iglesia ha llevado tras sí el mundo en su carrera, obligándole a recibir su fe, sus preceptos, su disciplina y sus costumbres.—Jesucristo es quien dirige ese tiro, porque Cristo,

¹ Prov. XXI, 31.

² Div. Pau. ad Rom. IX, 16.

³ Cant. I, 8.

⁴ Cant. VI, 3.

según San Ambrosio,¹ tiene caballos ligeros y el Profeta ha dicho: "Subirás sobre tus caballos, y tus carros serán tu salvación."² Corceles incomparables que tienen por freno la paz, por guía la caridad, y que se estrechan más y más por los lazos de la concordia. Bajo la mano del divino Conductor, que es el Verbo, arrastran a la vez el carro misterioso de cuatro ruedas (que es el del Evangelio); y los carros de Faraon, uncidos al del Evangelio, llevan la buena nueva hasta los confines del mundo, y uncidos a los carros de Faraon los ostentan como trofeos de su victoria.

¡Corceles gloriosos de la Iglesia Santa, proseguid vuestra triunfal carrera! Traed al camino recto los carros del error que se extravían, y conducid a venturoso término el carro augusto de la verdad.

El piadoso autor de la "Imitación" nos dejó escrita esta palabra: "Cabalga gustosamente el que es llevado por la gracia de Dios."³ Y en verdad, cuando la gracia nos sostiene, nos levanta y nos conduce, ¡oh! ¡qué bien nos va! y ¡cuán aprisa y cuán léjos vamos! quien se vale de esa cabalgadura celestial, encuentra planos aun los caminos más escabrosos.

Pero no nos limitemos a caminar con ella por los senderos de la tierra. "La gracia es un caballo con alas, mucho más veloz que las águilas"—nos dice el Profeta Jeremías.⁴—Y por este motivo se nos simboliza esta gracia bajo la figura de aquellos caballos de fuego que arrebataron hacia el cielo el inflamado carro del Profeta Elías.⁵

Cuando vuestra gracia se apodera de nuestra alma, ¡oh Dios mio! ¿no se diría que caballos de fuego la levantan a las regiones celestiales? Ella se siente atraída por una fuerza divina, y menospreciando los deleites de la tierra, solo aspira a los bienes invisibles.

Pero, sobre todo, en aquella última hora en que arrebatáis el alma santa, ¡oh Dios mio! ¡Ah! ¡entonces la sentáis en el flamigero carro y los caballos de fuego la trasladan a la mansión de las eternas delicias!

¹ S. Ambr. in Ps. CXVIII, Oct. IV.

² Habac. III, 8.

³ Imit. lib. III.

⁴ Jerem. IV, 13.

⁵ Reg. II, 11.